

El amor a las cosas



¡CUANTAS veces me he visto en contacto entrañable con los sentimientos más íntimos de las personas que me han favorecido con su confianza.

Mi recuerdo inefable está a favor de las mujeres solitarias; mozas viejas, viudas, madres arrinconadas por el desamor y abuelitas avellanadas a las que el mundo tenía en el olvido, como si no existieran, hasta el punto de sorprender su presencia.

He compartido mucho la hondura de sentimientos con estas mujeres, cuando me han acogido en el recinto sagrado de su intimidad, revolviendo ante mí, en confesión melancólica, el cajón de la cómoda, la alacena de los pies de la cama o del rincón de la ventana o el mechinal de detrás de la puerta. ¡Con qué emoción he asistido al acto amoroso de sacar el cajón y de colocar las cosas rememorando sus orígenes, su uso, su abandono luego: el cinturón de la hebilla dorada, el libro de misa, lleno de flores secas, la concha con la Virgen pintada, la nuez con la gruta de Lourdes, el abanico de nacar, el reloj viejo, las gafas con un cristal y su caja de cartón, la sortija amohecida, el Crucifijo negro, las agujas de hacer media, los ovillojos de hilo,

pardo por el tiempo. Las enaguas, sayas, corpiños, pañuelos y ropajes de antaño.

Estas mujeres tenían concentrado en su cuarto y en el ajuar con el que se entretenían todo su amor. Apenas si ninguna otra cosa llamaba su atención. Carecían de afectos, no tenían bienes ni los apetecían, solo les embelesaban aquellas cosas revueltas que les recordaban el tiempo mejor o de ilusión esperanzada, ya extinguido, pero que parecía impregnar aquellas cosas, miradas y acariciadas siempre con tanto amor.

He pasado instantes de ternura inigualable con estas viejecillas. ¡Oh! el saltar de aljófara ceñido a la garganta, flanqueada de puntillas. ¡Qué recuerdo tan halagador! La abuela repasaba las cosas, las acariciaba, hablaba bajo y despacio, recordando: ya no suspiraba, pero impensadamente una gota de agua humedecía el abanico de seda que tenía abierto. Era una lágrima. La abuela callaba, agachaba la cabeza y quedaba quieta. Después de secar los ojos, iba plegando el abanico, sin pensar en ello, cerrando las varillas una a una, conmovida por los recuerdos engendrados del amor a las cosas.

